

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

V.

Cómo el rey de Navarra adivinó que « Turennius
quería decir Turena y « Margarita » Margot

Como debe suponerse, el gabinete del rey de Navarra no era muy suntuoso. S. M. bearnesa no era rico, y de lo poco que tenía no hacía locuras. Este gabinete ocupaba, con la cámara de dormir, toda el ala derecha del palacio, y conducía á él un pasadizo desde la antecámara ó cuarto de guardias.

Desde aquella pieza espaciosa y amueblada con bastante decencia, aunque no se notase en ella la

menor muestra de lujo real, se extendía la vista sobre magníficas praderas situadas á orillas del río.

Arboles corpulentos, sauces y plátanos, ocultaban el curso del agua, sin impedir á los ojos deslumbrarse alguna que otra vez, cuando al salir el río, como un dios mitológico, de entre su follaje, hacía resplandecer al sol de mediodía sus escamas de oro, á la luna de media noche su ropaje de plata.

Las ventanas daban por un lado sobre este panorama mágico terminado á lo lejos por una cadena de colinas, algo encendida por el sol durante el día, pero al caer la tarde terminaba el horizonte con tintas moradas de una limpidez admirable; y por el otro daban al patio del palacio. Alumbrada así á oriente y poniente por esta doble fila de ventanas que se correspondían unas con otras, la sala presentaba un aspecto magnífico cuando reflejaban los primeros rayos del sol ó el azul anacarado de la luna naciente.

Preciso es decir que estas bellezas naturales llamaban menos la atención de Chicot que la distribución de aquel gabinete, morada habitual de Enrique. En efecto, parecía que en cada mueble se proponía el inteligente embajador buscar una letra, y esto

con tanta más atención, cuanto que el conjunto de estas letras debía darle la explicación del enigma que hacía tanto tiempo trataba de descifrar, y que con mucha más particularidad había tratado durante su viaje.

El rey se sentó, con su habitual franqueza y su eterna sonrisa, en un gran sillón de cuero de gamo con clavos dorados, pero con franjas de lana: Chicot, para obedecerle, arrastró un taburete cubierto de lo mismo, enriquecido con idénticos adornos, y se sentó enfrente del rey de Navarra.

Enrique miraba á Chicot de hito en hito y con la sonrisa en los labios, como ya hemos dicho; pero al mismo tiempo con una atención que á un cortesano hubiera parecido molesta.

— Sin duda me tendréis por muy curioso, mi querido Chicot, — comenzó por decir el rey; — pero hace tanto tiempo os consideraba como muerto, que á pesar de toda la alegría que me causa vuestra resurrección, no puedo habituarme á la idea de que estáis vivo. ¿ Por qué, pues, desaparecisteis de repente de este mundo ?

— ¡ Ah, señor! — exclamó Chicot con su libertad acostumbrada, — también vos habéis desapa-

recido de Vincennes ! Cada uno se eclipsa según sus medios, y sobre todo, según sus necesidades.

— Tenéis siempre más talento que todo el mundo, querido Chicot, — dijo Enrique, — y en esto más que en nada conozco que no estoy hablando con una sombra.

Tomando después cierto aire de seriedad, añadió :

— ¿ Pero queréis, amigo Chicot, que dejemos esto á un lado y hablemos de negocios ?

— Si no sirve de molestia á V. M., con mucho gusto.

Los ojos del rey se inflamaron.

— Nada de eso... Verdad es, — añadió, — que aquí me enmohezco; pero nunca me canso sino cuando no hago nada. Así es que hoy Enrique de Navarra ha traído su cuerpo de aquí para allí hecho un zarandillo, pero el rey no ha hecho trabajar á su espíritu.

— Señor, me alegro mucho de eso, — respondió Chicot ; — embajador de un rey, pariente y amigo vuestro, tengo que desempeñar cerea de V. M. comisiones muy delicadas.

— Hablad pronto, pues picáis mi curiosidad.

— Señor...

— En primer lugar, vuestras credenciales ; sé que es una formalidad inútil, puesto que se trata de vos ; pero al fin quiero mostraros que, aunque somos un paisano bearnés, sabemos nuestros deberes de rey.

— Señor, pido mil perdones á V. M., — respondió Chicot, — pero todo cuanto poseía, que pudiera servirme de credenciales, lo he sepultado en los ríos, arrojado al fuego y esparcido al aire.

— ¿ Y por qué habéis hecho eso, señor Chicot ?

— Porque no se viaja cuando se dirige uno á Navarra encargado de una embajada, como se viaja para ir á comprar paño en Lyon ; y porque el hombre que tiene el peligroso honor de llevar cartas reales, se expone á no llevarlas más que á los muertos.

— Verdad es, — dijo Enrique con cierta naturalidad ; — los caminos no están seguros, y en Navarra nos vemos reducidos, á falta de dinero, á confiarnos á la probidad de los palurdos ; por lo demás, no son muy ladrones.

— Lejos de eso, — exclamó Chicot, — son unos corderos, unos angelitos, señor ; pero solamente en Navarra.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! — exclamó Enrique.

— Sí, señor, fuera de Navarra se encuentran lobos y buitres alrededor de cada presa ; yo era una presa, señor, de suerte que he tenido mis buitres y mis lobos.

— Que, por lo demás, según veo con placer, no os han comido enteramente.

— ¡ Pardiez ! señor, no ha sido por culpa suya, pues hicieron cuanto podían para eso ; pero me hallaron demasiado forrado en hierro, y no pudieron hincar las garras en mi piel ; mas dejemos aquí si os place, señor, los pormenores de mi viaje, que son cosas ociosas, y volvamos á nuestras cartas credenciales.

— Pero si no las tenéis, querido Chicot, — dijo Enrique, — me parece muy inútil volver á ellas.

— Es decir, que no las tengo ya, pero que tenía una...

— ¡ Ah, enhorabuena ! Dádmela, señor Chicot. Y Enrique alargó la mano.

— Hé ahí la desgracia, señor, — replicó Chicot. — yo tenía una carta, como acabo de tener el honor de decir á V. M., y pocas personas la habrán tenido mejor.

— ¡ La habéis perdido ?

— Me apresuré á aniquilarla, señor, porque el señor de Mayenne corría tras mí para quitármela.

— ¡ El primo Mayenne ?

— En persona.

— Pero afortunadamente no corre ya mucho.

¿ Sigue engordando ?

— Supongo que en este momento no.

— ¡ Y por qué ?

— Porque al correr tuvo la desgracia de alcanzarme, y en el encuentro llevó una buena estocada.

— ¡ Y la carta ?

— No quedó ni sombra de ella, gracias á la precaución que había tomado.

— ¡ Bravo ! Hacíais muy mal, señor Chicot, en no querer contarme vuestro viaje ; seguid, seguid, que me interesa mucho.

— V. M. es muy amable.

— Sólo me inquieta una cosa.

— ¡Cuál ?

— Que si la carta quedó aniquilada para el señor de Mayenne, también lo ha quedado para mí : ¿ cómo sabré ahora lo que mi buen hermano Enrique me escribía, no existiendo ya su carta ?

- Señor, existe en mi memoria.
- ¿Qué decís?
- Antes de romperla la aprendí de memoria.
- Excelente idea, señor Chicot, excelente, y reconozco en este rasgo todo el talento de un compatriota. Me la recitaréis, ¿no es verdad?
- Con mucho gusto.
- ¿Tal como era sin cambiar nada?
- Sin alterar nada de su sentido.
- ¿Qué decís?
- Digo que voy á recitárosla fielmente, pues aunque ignoro la lengua, tengo buena memoria.
- ¿Qué lengua?
- La latina.
- No os comprendo, — dijo Enrique. — Habláis de lengua latina, de carta...
- En efecto, hablo de eso.
- Explicaos; ¿queréis decir que la carta de mi hermano estaba escrita en latin?
- Exactamente, eso mismo quiero decir.
- ¿Y por qué estaba escrita en latin?
- Sin duda porque el latin es una lengua atrevida, lengua que sabe decirlo todo, lengua one

- que Persio y Juvenal han eternizado la demencia y los errores de los reyes.
- ¿De los reyes?
- Y de las reinas, señor.
- El rey frunció el ceño.
- Quiero decir de los emperadores y de las emperatrices, — replicó Chicot.
- ¿Conque sabéis el latin, señor Chicot? — añadió Enrique con aire de indiferencia.
- Sí y no, señor.
- Sois muy feliz si lo sabéis, porque me lleváis una ventaja inmensa, pues yo no lo sé; así es que jamás he podido oír seriamente una misa. ¿Conque vos sí lo sabéis, eh?
- Me han enseñado á leerlo, señor, como igualmente el griego y el hebreo.
- Eso es muy útil, señor Chicot; sois un libro vivo.
- Esa es la palabra adecuada; ha acertado V. M... En efecto, soy un libro vivo. Imprimen unas cuantas páginas en mi memoria, me despachan á donde quieren, llevo, me leen y me comprenden.
- Ó no os comprenden.
- ¿Cómo, señor?

— Si no saben la lengua en que estáis impreso...

— ¡ Oh, señor ! los reyes lo saben todo.

— Eso es lo que dicen al pueblo, señor Chicot, y lo que los aduladores dicen á los reyes.

— Entonces, señor, es inútil que recite á V. M. esa carta que había aprendido de memoria, puesto que ninguno de nosotros dos comprenderá nada de ella.

— ¿ No tiene el latin mucha analogía con el italiano ?

— Dicen que sí.

— ¿ Y con el español ?

— Mucha, según aseguran.

— Entonces hagamos la prueba ; yo sé un poco de italiano ; mi patuégascón se asemeja mucho al español ; acaso comprenda el latin sin haberlo jamás aprendido.

Chicot hizo una reverencia y dijo :

— ¿ Conque V. M. lo manda ?

— Os lo suplico solamente, señor Chicot.

Chicot empezó con la frase siguiente, que envolvió en toda clase de preámbulos :

« *Frater carissime :*

» *Sincerus amor quo te prosequabatur germanus
« noster Carolus nonus, functus nuper, colet usque
« regiam nostram, et pectori meo pertinaciter
« adhæret. »*

Enrique no pestañeó, pero al llegar Chicot á la última palabra, le interrumpió con el ademán y dijo :

— Ó me equivoco mucho, ó en esta frase se habla de amor, de obstinación y de mi hermano Carlos IX.

— No diré que no, — contestó Chicot : — es tan hermosa lengua el latin, que todo eso puede decirse en una sola frase.

— Proseguid, — dijo el rey.

Chicot continuó.

El Bearnés escuchó con la misma calma todos los pasajes en que se trataba de su esposa y del vizconde de Turena ; pero al oír este último nombre, preguntó ;

— ¿ *Turennius* no quiere decir Turena ?

— Creo que sí.

— ¿ *Y Margota* no sería el diminutivo amistoso

que mis hermanos Carlos IX y Enrique III daban á su hermana, mi muy amada esposa Margarita?

— No veo en eso nada de imposible, — respondió Chicot, y prosiguió su narración hasta el fin de la última frase sin que una sola vez el rostro del rey hubiese cambiado de expresión.

Detúvose por fin en la peroración, cuyo estilo había acariciado con resoplidos tan sonoros, que se hubiera dicho que era un párrafo de las *Verrinas* ó de la oración *pro Archia*.

— ¿Se ha acabado? — preguntó Enrique.

— Sí señor.

— Debe ser soberbia esa carta.

— ¿No es verdad, señor?

— ¡Qué desgracia que no haya comprendido más que dos palabras: *Turémus* y *Margota*!

— Desgracia irreparable, señor, á menos que V. M. se decida á darla á traducir á algún clérigo.

— ¡Oh, no! — dijo vivamente Enrique, — y vos mismo, señor Chicot, que habéis empleado tanta discreción en vuestra embajada haciendo desaparecer el autógrafo original, estoy seguro que no me aconsejaréis que dé publicidad á esa carta.

— No digo eso, señor.

— ¿Pero lo pensáis?

— Pienso, puesto que S. M. me pregunta, que la carta del rey su hermano, encomendada á mi con tanto cuidado, y enviada á V. M. por conducto de una persona particular, contiene acaso alguna que otra cosa de la que V. M. pudiera sacar partido.

— Sí; mas para confiar esas buenas cosas á un cualquiera, sería preciso que tuviese en ese cualquiera plena confianza.

— Ciertamente.

— Pues bien, haced una cosa, — dijo Enrique como iluminado por una idea.

— ¿Qué cosa?

— Id á buscar á mi esposa Margarita; es instruída, recítadle la carta, y estoy seguro de que la comprenderá; y comprendiéndola, ya conocéis que me la explicará toda.

— ¡Admirable pensamiento! — exclamó Chicot.

— V. M. ha herido la dificultad.

— Es claro, ¿eh?

— Voy ahora mismo.

— Sobre todo, no alteréis ni una sola palabra de la carta.

— Me sería imposible, porque para eso necesitaba saber el latín, y no lo sé; algún barbarismo todo lo más.

— Id, amigo mío, id.

Chicot se informó del sitio donde hallaría á la reina, y se separó del rey más convencido que nunca de que el rey era un enigma.

VI.

La alameda de los Tres mil pasos.

La reina habitaba en la otra ala del castillo, que estaba distribuída poco más ó menos de la misma manera que la que acababa de dejar Chicot.

Oíase siempre de aquel lado alguna música, y se percibían algunos penachos.

La famosa alameda de los Tres mil pasos, de la que tanto se había hablado, empezaba bajo las ventanas mismas de Margarita, y su vista no se fijaba nunca más que sobre objetos agradables, tales como